

# El necio de Thoreau

## (thoroughlidades)

Va a ser que no  
Burt Levi

Thoreau se impone sobre el papel. Siendo su memoria, recorrerá este espacio tatuándome por entero, sin descanso. Soy suyo. Y el es mío. Ambos reconocemos desde el silencio, la necesidad de la mutua dependencia. ¿Ambos?...

...Para que no quede huérfano de biografía, y a pesar de las reticencias por su parte, acepta que le presente bajo esta esquela: nació el 12 de julio de 1817 en Concord (Massachussets), vivió, y murió el 6 de mayo de 1862 (dice no recordar el lugar, aunque no le creo). Le digo que la información es banal, prácticamente irrelevante. *Please*, añada, nada de biografías. Con la vida de uno no se juega, apuntilla. Sonríe. Aclara su garganta. Pero que no sirva de precedente: «He sido maestro de escuela, tutor privado, agrimensor, jardinero, granjero, pintor, carpintero, albañil, jornalero, fabricante de lápices, fabricante de papel de lija, escritor y, en ocasiones, poetaastro». La lista podría seguir, pero se detiene, la corta. Ya es suficiente. Acepta que le cuelgue la etiqueta de desacato. “Desobediente civil”, si no le importa. Me dice que me está probando y que disfruta enormemente con mis enojos formales. *Las formas sin contenidos son vacías...* ¿no lo sabía usted? Le digo que la sentencia me recuerda sospechosamente a Kant. Se rasca. Posos trascendentalistas, murmura asintiendo... Harvard... Samuel Taylor Coleridge y Thomas Carlyle... *The Dial... Europa...*

...Pero *Harvard* fue un hito más, quizás un accidente. Aquí se muestra tajante e irónico: en ella «se enseñan todas las ramas y ninguna de las raíces». Se le ve poco entusiasmado. Dice no recordar más que la biblioteca. Pero hay más. Sólo tiene que hacer memoria. Le digo, por ejemplo, que a diferencia del resto de compañeros, llevaba siempre un abrigo de color verde, cuando las normas imponían el negro. ¿*Biografía* de nuevo? Eludo la pregunta con otra: ¿capricho o protesta? Poco dinero, contesta. Le digo que allí estudió griego, latín, matemáticas, historia, teología, etc. Parece no inmutarse. Continuo: también a Chaucer, Milton, Johnson,... alegra algo la cara. Sí, mentir sería decir lo contrario. Pero se comía mal, y con las clases y las tareas apenas me quedaba tiempo... *para mí*. Tres años después de graduarse, rechazó el diploma de *Masters of Arts*, al tener que pagar por él cinco dólares. Qué valor, ¿no? No, dice, cada uno debe “examinar sus autoridades”... El 19 de mayo de 1834, tiene lugar en Harvard una de las mayores rebeliones estudiantiles: la rebelión Dunkin. Los alumnos niegan la autoridad del profesorado. Esa noche, y en las siguientes, se producen importantes disturbios inmobiliarios en las instalaciones de la universidad. Thoreau no participa... Más tarde ya fuera del circuito universitario, nunca dejaría de volver a la biblioteca. Jamás perdió la curiosidad. Veinte años después, y a las pocas semanas de publicarse *Origin of Species*, Thoreau era de los primeros en América en leer y admirar a Darwin...

...*Europa*... Mi fiebre fue otra, corrige. «Debo caminar hacia Oregón, no hacia Europa». El 17 de junio de 1844 es obligado a posicionarse. Ante la permanente e insistente invitación de peregrinar a Roma junto a Hecker, Thoreau le contesta: «no puedo posponer la exploración del lejano oeste». Siempre le interesaron más otras fronteras, las todavía inexploradas, las sin mapa. Así fue. «Caminante andante», como anacrónicamente tú mismo te definiste, fuiste en busca del «límite de lo salvaje». Nunca sentiste ciertamente la tentación por la diligencia o el ferrocarril; se te antojaban impropios. Precisa: «porque lo más vivo es lo más salvaje». Retomo lo dicho... entonces yendo justo al vértice, *ahí*: entre las cercanías de «un mundo nuevo» y «las lejanas tinieblas de un continente»... ¿Vértice o vórtice?, pregunta. Prosigo y hago como si no hubiera escuchado la impertinente pregunta. Vértigo abisal, en cualquier caso, porque... «¡aja!, ¿puede uno retroceder todavía más en la historia?». Otra interrupción, y ya van unas cuantas. No sé, respondo, quizá. ¿Y la huella entonces? ¿Qué huella? ¿Acaso no ha leído a Defoe? Ahora entiendo tu pregunta anterior, retórica...

...No me escucha, me dice. Atienda. «Se podría decir que la humanidad progresa de este a oeste». «Nosotros vamos al este a comprender la historia y a estudiar las obras de arte y de la literatura, rehaciendo los pasos de la raza; al oeste, nos dirigimos como hacia el futuro, con espíritu de iniciativa y aventura. El Atlántico es el río Leteo, y atravesándolo hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si esta vez no tenemos éxito, quizá haya a la izquierda otra posibilidad para la raza, antes de llegar a las orillas de la Estigia: en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho»...

...Replico. Años antes —y tuvieron que ser dos franceses—, François André Michaux (hijo del botanista real de Luis XVI) y Alexis de Tocqueville (juez auditor del tribunal de Versailles) se embarcaban hacia el gran viaje de sus vidas: *América*. El *Reise nach Italien* se mostraba insuficiente y la *Route 66* todavía estaba por normalizar. Aunque con propósitos bien distintos, uno inmerso en la catalogación de nueva flora y el otro en la investigación del sistema penitenciario, ambos consiguieron recorrer y columbrar «los límites extremos de la civilización europea». Los libros de viajes: *Voyage à l'ouest des monts Alléghanys* y *Quinze jours dans le désert*, respectivamente, mostraban ya que el semblante del Nuevo Mundo debía a la vez ser contemplado con admiración y delectación melancólica. Y tú, efectivamente, no fuiste ajeno a esta mezcla de orgullo y armadura. Alguna vez dijiste, y con razón, que «la naturaleza no echa margaritas a los puercos»...

...Con él nada de Impostores o imposiciones. Le preguntó el porqué. El responde: «siempre tengo razones para dudar de mi postura». Sí, sí, apostilla, «nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios». Me está tomando el pelo. La pierna, me dice. ¡El pelo! ¡La pierna! Otra vez... Desde hace años me toma el pelo, me prueba. Lo sé. Siempre lo hace. Aún así le sigo siendo fiel. Le espero, le doy la bienvenida siempre que aparece, le digo: «siéntete como en casa». Es su casa. Espera..., dice, recuerdo un pasaje de *Leaves of Grass* que quizá pueda aclararle algo. Lo leí, si no recuerdo mal, en la edición de 1856 que el propio Withman me regaló: «¿Me contradigo?/ Pues bien, me contradigo./ (Soy vasto, contengo multitudes)».

Se acaricia la barba. Aguardo, y tras un largo silencio, se incorpora. Un día antes, Alcott y yo habíamos asistido en Plymouth Church a la prédica de Henry Ward Beecher. Días intensos, sin duda...

...Constantemente abusa de mi confianza recordándome que el invitado soy yo, y que no es él quien me busca y yo quien le recibe, sino más bien al contrario. Y debo confesar que a veces termino por empezar a creerle. Dice que mi morada le gusta, pero que yo voy a visitarle porque busco que él escriba en mi blanco... Dirigiéndose a mí: invitaciones ya tuve bastantes. Es cierto. Tuvo las puertas abiertas a las comunidades utópicas de *Fruitlands* y *Brook Farm*. Y, sin embargo, denegó su participación. Le digo: recordarás, entonces, las palabras de Emerson ante invitaciones semejantes: «No deseo mudarme de mi prisión actual a otra un poco mayor. Deseo romper todas las prisiones...». Cabría decir que no fue usted el único, ¿verdad? Claro que no, contesta. Hay, no obstante, una salvedad insalvable: Emerson anhelaba la asociación universal, y yo... Años después, en una conversación con Bellew acerca del fourierismo que animaba a todas estas comunidades, y ante la dificultad presentada por éste de oponer cualquier tipo de resistencia sin contar con *el otro*, respondía: «sospecho de toda empresa en la que dos o más estén comprometidos». El 4 de julio de 1845 Thoreau creaba su propia comunidad, *Walden*, una cabaña de madera en pleno bosque y a orillas de un lago. Tan propia y tan poco apropiadora que sólo había espacio para un inquilino...

...En cualquier caso, tuve la oportunidad de toparme con él en una *lecture*. Y sea todo dicho: es efectivamente un gran orador. Así con todo, le agrada de mí el hecho de que sea un *mal* escribiente. Copio todo lo que escucho: no lo que él dice. La verdad es que consigo enfadarme cada vez que dice este tipo de cosas. Trato siempre de escucharle lo mejor que puedo. De veras. Me calma y me dice que debe ser una cuestión de tímpano. Asiento. Él, por el contrario, parece no preocuparse lo más mínimo. Se vanagloria de tener a su cargo infinidad de escribientes, todos igual de infeas en el cumplimiento de su tarea, pero asimismo (aunque siempre lo omita), todos igual de necesarios para que él siga dando sus...

[Algún día reuniré el arrojito para decírselo]

...Es curioso, cuando me dirijo al resto del auditorio –todos ellos escribientes– para comparar los resultados del trabajo realizado, la transcripción parece no tener sentido. Apenas logro coincidir con el resto de oyentes. Y por citar algunos coetáneos: R. W. Emerson, Margaret Fuller, Bronson Alcott, Ellery Channing, Nathaniel Hawthorne, G. Ripley, Horace Greeley, Harrison Blake, George Eliot, Robert L. Stevenson...

...A mí, por el contrario, me ha llegado *otro* Thoreau. O quizá sea el que yo haya buscado. O querido escuchar. Aquel que comienza sus escritos del siguiente modo: «Consideremos el modo cómo pasamos nuestras vidas» e, inmediatamente después, «me puse a pensar, por casualidad, en mi propia vida que me resulta tan poco satisfactoria». Me dice que no hable de él a sus espaldas, que le deje participar, que por lo menos le escuche. Le repito sus frases.

Sonríe. Me dice: «A mi parecer, el sol luce cada día para alumbrar labores más provechosas». Silencio. Espero. No hay palabra. Le digo que no me deje con las ganas de saber cuáles son esas labores. Me dice que me tranquilice y que no me fatigue. Que yo siempre le he escuchado del mismo *modo*, y que no le importa repetírmelo. Me dice, de nuevo(?), que *le* busco para *escribirme*. Apunta, me dice, «sé más celoso que nunca de tu libertad». «Si yo tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir». Empiezo a recordar. Sí. Empiezo a recordar todas la veces que he ido a escucharle y a tomar nota. Puede que la cantidad ingente de cuadernos que guardo en casa contengan en algún momento estas frases. Empiezo a sentir un extraño calor. Sí, empiezo a recordar. Son sus palabras: es ese calor que «divide Estados e Iglesias, divide familias e incluso divide al *individuo*, separando en él lo diabólico de lo divino» y que surge de la conciencia de que «no hay mayor equivocación que consumir la mayor parte de la vida en ganarse el sustento». Pero también —sí, empiezo a recordar— de la experiencia de que «con el pretexto del orden y del gobierno civil, se nos hace honrar y alabar nuestra propia vileza». Por eso ante este mundo de la política, «yo paso como ante un campo de judías en el bosque, y lo olvido». Ríe y me dice: «¿Cómo puede estar satisfecho un hombre por el mero hecho de tener una opinión y quedarse tranquilo con *ella*? ¿Puede haber alguna tranquilidad en ello, si lo que opina es que está ofendido?»...

...Recién licenciado, y bien recomendado, hipoteca parte de su futuro como profesor. A las dos semanas era despedido por negarse a utilizar el castigo físico como instrumento pedagógico. Algo natural entonces... Años después, y aunque férreo defensor del abolicionismo de la esclavitud, y en contra de las instituciones que lo apoyaban: Estado, Iglesia y Prensa, te posiciones a favor de Nathaniel P. Rogers (dejando de lado al célebre William L. Garrison). Frente a la violencia, eliges la prudencia... Me dices: a pesar de la admiración, nunca terminé de entender al capitán John Brown...

...Sí, Thoreau. Sí. Empiezo a recordar tus palabras (y empiezo a entender también por qué y cuándo te apareces en mi búsqueda). Supiste predecir el destino de tu país y del mundo: «Incluso si aceptamos que el americano se ha librado de un tirano político, todavía es esclavo de un tirano económico y moral»; también su materialización en una «rutina diaria» «infrahumana» que nos conduciría a «una especie de vegetación». El hombre, dice, «no tiene tiempo de ser sino una máquina». He ahí la singular astucia del «espíritu comercial». Eso no fue todo. Pronosticada la enfermedad, a algunos de nosotros, nos enseñaste a defendernos y a combatirla de un modo especial, a saber, desde el margen e individualmente. Creador de un nuevo derecho, la «revolución pacífica» («si tal es posible»), con potestad para «negar su lealtad y oponerse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insoportables» y llevar a cabo una acción que, surgida «de los principios, de la percepción y la realización de lo justo» y «que no está de acuerdo con el pasado», «cambia las cosas y las relaciones»...

...Cambio de vestuario... sí, de bestiarío: el zorzal debe desplazar al águila, desanidarlo...

...Así, hasta que la “máquina” termine por romperse, imaginaste no sólo la posibilidad de una vida sin Estado, sino la de una mejora progresiva de la democracia sobre la distinción y diferenciación entre ley y justicia. Esa “revolución pacífica” nos enseñó a ser unos verdaderos *escribientes*, dislocándonos el tímpano y ejerciendo labores de resistencia individual. “Rompe la ley” al *preferir no hacerlo*. Recordemos dos acciones tuyas: la primera de ellas, negarte a pagar impuestos («Nos sometemos a impuestos injustos (...) Son impuestos sin representación») con la consecuente pena de cárcel; la segunda, recién licenciado, cambiarte de nombre sin acudir al registro civil (a partir de entonces es Henry David, o en ocasiones simplemente Henry). Bien es cierto que tus razones tenías: «no deseo ser miembro de ninguna sociedad legalmente constituida en la que no me haya inscrito personalmente»...

...¿Es posible condenar al *necio*? ¿Y si el Reino de Dios hubiera que alcanzarlo por medio de la violencia injusta? ¿tráfugismo?...

...¿Habrá que seguir prestándote *oídos sordos*?...

...Ya no sé si estas palabras son tuyas o mías, qué mas da. Pero van tatuadas en mi memoria, fruto de tus visitas o de mis búsquedas, en tu casa o en la mía, dichas por ti o escritas por mí: «Yo no he nacido para ser violentado. Seguiré mi propio camino. Veremos quién es el más fuerte».

Para vosotros, *amigos*.

(*Mañana en la batalla  
os pensaré*)

Dr. Pérez

(y Mr. Vélez,  
compañero de escaramuzas  
y apuntador de textos)